

## ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA IMPORTANCIA DE CONTAR CON UNA CLASE EMPRESARIAL NACIONAL PATRIÓTICA.

Alvaro Montero Mejía  
Economista

---

### 1. INTRODUCCIÓN

Escribí estas páginas, dirigidas a los hombres y mujeres que trabajan como empresarios patriotas de Costa Rica. Ni el lenguaje, ni las valoraciones, ni las interpretaciones, ni las críticas, tienen el propósito de atacar o descalificar a nadie. Todo lo contrario. El propósito de mi pequeño documento, es defenderlos, asignarles el lugar que ni los partidos políticos, ni el gobierno, ni el Estado, ni los intelectuales, ni los sindicatos, les han querido dar. Pero solo será posible sacar conclusiones apropiadas, si recurrimos al auxilio del pensamiento crítico, al afilado bisturí que examina sin ambages los hechos sociales y los somete a un examen descarnado.

En el documento está planteado, pienso que con claridad, el carácter de nuestra época y las tareas de los costarricenses. Pero es probable que los sorprenda, como quizás sorprenderá a muchos amigos y compañeros de otros sectores sociales, que una persona que se considera a sí mismo como un luchador social y que siempre ha creído firmemente en el elevado destino de los trabajadores, plantee estos problemas.

Todo se deriva de varias conclusiones objetivas:

- 1- El Estado nacional puede desaparecer. De hecho ese proceso ya se inició.
- 2- La globalización es un proceso con un solo rector: el capitalismo desarrollado.
- 3- Históricamente, un Estado nacional solo emprende un desarrollo capitalista avanzado, si una clase empresarial nacional encabeza ese proceso económico.
- 4- En Costa Rica no está claro aun, que sector de la clase empresarial, asumirá el papel propio de una clase empresarial patriótica.

- 5- Sin una alianza política de largo alcance, ninguna clase o fuerza social, puede asumir sola, la defensa del Estado nacional, el desarrollo económico de Costa Rica y la construcción de una democracia avanzada.

Sería deseable que este documento sirviera para estimular la discusión sobre un tema urgente que desgraciadamente nadie se plantea y sin cuya solución, un proceso de apariencia irreversible nos atraparé inexorablemente.

No he escrito estas líneas con espíritu soñador, aunque sería legítimo. Tampoco lo he hecho con una actitud puramente ideológica, en el sentido de definir los buenos y los malos. Pretendo ser absolutamente realista, aunque ese realismo esté movido por una meta espiritual: construir un país solidario, justiciero, más democrático y rico.

Invito a los empresarios, a los intelectuales y a los políticos honrados, a leer este material con desapasionamiento y con detenimiento. Por mi parte estoy dispuesto a discutirlo con profundidad y buena fe.

### 2. PAPEL DE LA BURGUESÍA COMO CLASE SOCIAL

Desde el inicio del desarrollo capitalista clásico, la clase propietaria de los medios de producción, a quien el lenguaje de la ciencia política y económica europea denomina como "la burguesía", fue siempre una clase nacional.

Valga la mención para señalar que en la terminología política latinoamericana, el término "burguesía" a tenido casi siempre un carácter peyorativo y sumamente matizado como una designación de la izquierda para definir sus enemigos.

Pero en este documento pretendemos que tenga únicamente el valor conceptual que sirve para definir al conjunto de las clases sociales que en una sociedad capitalista, concentran la mayor parte de la propiedad sobre los medios de producción sociales, fábricas, tierras productivas, empresas de servicios, comercio mayorista, explotaciones mineras o empresas financieras con los bancos a la cabeza.

A finales del siglo XV, los Estados europeos se lanzaron a las grandes incursiones marítimas que le dieron al mundo una dimensión enteramente nueva. Los llamados Grandes Descubrimientos fueron en realidad empresas de conquista. Los territorios de Asia, África o América, donde habitaban algunos pueblos que habían alcanzado un alto nivel científico y cultural, pasaron en calidad de colonias a manos de los países europeos, más desarrollados y diestros en el arte de la navegación y la guerra. Esas aventuras de conquista, prepararon las condiciones materiales y tecnológicas para la aparición de nuevas clases sociales poderosas: armadores, comerciantes, industriales y banqueros, las que a su vez continuaron acrecentando una portentosa capacidad material militar, útil para consolidar su poderío multinacional.

Las expansiones territoriales de naturaleza colonial, eran reivindicadas por los conquistadores como misiones civilizadoras realizadas en nombre del Estado donde tenían su principal asiento. De este modo cada Estado nacional, Inglaterra, Holanda, Francia o Alemania, estaba representado por una clase dominante autóctona, que defendía sus prerrogativas como clase hegemónica en su país y en los territorios conquistados y colonizados.

Esta hegemonía estaba definida por numerosas atribuciones económicas y políticas, tales como la propiedad sobre los medios de producción locales y el control de los objetivos cardinales de la actividad productiva, por la apropiación y subsiguiente empleo de las innovaciones tecnológicas, por el monopolio de la fabricación de armamentos y por las iniciativas en el desarrollo de la infraestructura más adecuada a sus intereses: buques, caminos, muelles, diques o edificios públicos. Pero la síntesis de esa hegemonía se expresaba en el control político sobre el aparato del Estado y el mando de los ejércitos. Aun cuando en la sociedad se impulsaban innumerables iniciativas, el Estado centralista articulaba y defendía los grandes intereses de las clases dominantes y les proporcionaba un apoyo material y político enorme. Sin la intervención del Estado, el desarrollo capitalista no habría tenido lugar. Este proceso se mantiene hasta hoy.

A pesar de ello, el aparato del Estado mantuvo siempre una autonomía relativa frente a la burguesía, como la conquista natural de una clase política y burocrática que se ocupaba profesionalmente de la regencia de las instituciones y de la diplomacia. La clase política se encargaba, apoyada en la maquinaria del Estado, entre otras cosas, del manejo de los conflictos sociales, de dirimir los enfrentamientos entre fracciones antagónicas de la propia clase dominante y de las relaciones entre los Estados. Ella se encargaba de que el Estado funcionara como un mecanismo engrasado que le permitiera a la burguesía local, desarrollar con soltura sus actividades económicas y empresariales, dentro y fuera del país.

Conforme el Estado nacional evoluciona y la vida política se hace más compleja, el poder de la clase política también crece y esa influencia le permite tomar decisiones cardinales sobre la organización de la sociedad, sin aparecer como una mera correa de transmisión de decisiones superiores.

En sentido general, el dominio de una clase social poderosa sobre la vida económica y política de cada Estado capitalista, fue siempre un asunto que estaba fuera de toda discusión; era simplemente una "conditio sine qua non" de la existencia misma del Estado nacional. Esta clase actuaba con pleno sentido de propiedad, no solo sobre las estructuras económicas, sino sobre el conjunto de los componentes materiales y espirituales de la sociedad, al extremo de que un Estado nacional existía, porque existía una burguesía nacional y esta a su vez existía, porque tenía un asiento territorial y político desde el cual ejercía su dominio. En ese entonces, el pueblo como tal, no constituía una categoría social o política digna de ser tomada en cuenta. Habría que esperar a los grandes movimientos revolucionarios de Francia y el resto de Europa, para que el pueblo apareciera como una categoría política digna de ser tomada en cuenta y que asumiera un papel histórico independiente.

### **3. EL EJERCICIO Y LA EXPANSIÓN DEL PODER POLÍTICO Y ECONÓMICO DEL ESTADO NACIONAL**

El ejercicio de su poder territorial, dentro y fuera de las fronteras de cada Estado, estaba garantizado por el ejercicio del poder en todas sus formas, lo que naturalmente incluía el control sobre las fuerzas militares. Cuando la política o la diplomacia, como expresión refinada de la política internacional, no era suficiente recurso para resolver

sus conflictos con las clases dominantes de otros Estados, hacía su aparición la guerra, dentro de la inobjetable sentencia de Clausewitz, de la guerra no es más que la política por otros medios.

Fueron, como se ha explicado tantas veces, las contradicciones entre las burguesías nacionales de los países donde se desarrollaba el capitalismo clásico, principalmente en Inglaterra, Alemania, Francia y Holanda, en las que se originan los grandes conflictos militares durante más de trescientos años y las conflagraciones mundiales que azotan el siglo XX. Estos enfrentamientos no estaban limitados al control o dominio de los intereses territoriales o económicos locales, como fue el caso de la guerra Franco Prusiana de 1870, sino al control sobre las distintas porciones del mundo periférico, principalmente de Asia, África y Oceanía. Las llamadas guerras mundiales, la de 1914 y la de 1940, tenían como su principal objetivo definir nuevas fronteras para el reparto del planeta, sometido en su mayor parte al dominio colonial del mundo desarrollado. El único hecho nuevo en este proceso, fue el ingreso de la Unión Soviética a la II Guerra Mundial y cuya participación no estaba sometida al mismo juego de intereses de las potencias capitalistas. Su participación estuvo condicionada a la supervivencia de la URSS como Estado multinacional socialista y a la salvaguarda de un nuevo sistema económico y social. Pero cuando la guerra finaliza, aparece también el llamado campo socialista de Europa del Este, convertido en cordón sanitario de los intereses geopolíticos de la URSS y en campo de influencia económica y política de esa gran potencia.

Estos nuevos Estados socialistas se fundan en premisas como la eliminación de las burguesías locales como clases hegemónicas y la propuesta teórica de llevar al poder del Estado una nueva alianza de clases, formada principalmente por obreros, campesinos e intelectuales, pero dirigida por los obreros. Pero salvo en breves períodos, estas clases representativas del proletariado, fueron sustituidas por rígidas estructuras político partidarias, que asumieron el control de la sociedad en nombre de los supuestos adjudicatarios del poder: los obreros y los campesinos.

Desgraciadamente este no es el momento de enfrentar esta discusión, pero pensamos que raíces del fracaso de la experiencia socialista, está precisamente allí, en la incapacidad de los movimientos revolucionarios que la encabezaron, para provocar una auténtica traslación del poder social y de la propiedad real sobre los medios de producción, a esas nuevas clases sociales que en teoría, estaban históricamente destinadas a encabezar y dirigir los procesos.

En todo caso, la formación de los imperios coloniales y las grandes guerras del siglo XX, son la prueba más concluyente del papel de las burguesías nacionales al frente de sus Estados. Incluso durante la Segunda Guerra, las grandes potencias que subordinan sus colonias al esfuerzo bélico, una vez concluida pretenden continuar ese dominio como si nada hubiera ocurrido. Los franceses volvieron a controlar la Indochina, Argelia etc., Inglaterra la India, la que en ese entonces incluía a Pakistán etc., etc.; porque la explotación de las colonias, le facilitó siempre a las burguesías metropolitanas acelerados procesos de acumulación de capital.

Fue al finalizar la guerra contra el nazifascismo, que se erigen los Estados Unidos como la potencia indiscutida del campo capitalista y la URSS como su correspondiente en el campo socialista. Los capitalistas norteamericanos y principalmente su sector financiero, se dan a la tarea de convertir a los Estados Unidos en la primera potencia militar y económica del planeta y en el banquero del mundo.

#### **4. UNA NUEVA ETAPA EN EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO DESARROLLADO**

Todos los planes económicos gestados en la Conferencia de Bretton Woods, en 1944 y las instituciones a las que dio origen, el FMI, el Banco Mundial y el germen de la OMC, confirman el predominio incontrastable de Norteamérica. Ella financia una buena parte de la reconstrucción de Europa, devastada por la guerra y canaliza hacia el Viejo Continente recursos financieros y tecnológicos indispensables, con los que esas naciones reasumen su rol de potencias económicas y financieras.

El Plan Marshall, no fue una operación de beneficencia. Los Estados Unidos convirtieron sus derechos irrestrictos de emisión monetaria garantizados por el "Gold Exchange Standard" aprobado en Bretton Woods, en un prodigioso mecanismo de expansión económica. Los países europeos recibían enormes sumas de capital en calidad de préstamos, los que a su vez invertían en un creciente comercio con los Estados Unidos. Europa pagó hasta el último centavo de esas deudas, pero la burguesía europea supo emplearlas en la reconstrucción económica de sus Estados. Ella fue la encargada de tomar las riendas de la producción local y de reconstruirse a sí misma, como clase económicamente dominante.

Tenemos derecho a preguntarnos ¿cómo fue posible que estos países, arrasados por una guerra en la que murieron más de 60 millones de seres humanos, con sus principales centros fabriles y ciudades enteras en escombros, fueron capaces de levantar su economía y en menos de 10 años llevarla casi al nivel de la preguerra? La respuesta no es fácil y mucho menos simple. Pero hay varios hechos que pueden tomarse en cuenta. En primer lugar, podemos concluir que sus obreros, técnicos, ingenieros y científicos, estaban dotados de una prolongada experiencia productiva; ellos eran dueños de un arsenal histórico de desarrollos intelectuales y tecnológicos, de modo que en gran medida, las fuerzas productivas humanas de Europa, partían de un alto nivel. También es necesario considerar el aporte de la clase obrera española, cuya mano de obra fue decisiva en la reconstrucción de países como Alemania. En segundo lugar, la burguesía nacional europea estaba intacta, incluyendo la alemana. Aún después de la guerra, había conservado todas sus propiedades: fábricas, empresas de servicios, transportes, comunicaciones, minas, bancos. A pesar de su deterioro material, económico y hasta político, conservaba intacta su potencia como clase social encargada de organizar la producción y dirigir el Estado.

Esos dos elementos, es decir, esas dos clases sociales, el empresariado nacional y los trabajadores manuales e intelectuales, hicieron posible, no sin dificultades, no sin grandes conflictos políticos internos, el reinicio de la reconstrucción de sus países hasta llevarlos al nivel de las grandes potencias económicas, científicas y sociales que son hoy.

De nuevo en ese contexto, una clase social dominante encabeza un proceso de desarrollo social y no le entrega esa prerrogativa a nadie más que a ella misma. Todos los préstamos del Plan Marshall, todas las inversiones y todos los esfuerzos norteamericanos por copar las industrias de vanguardia, no lograron despojar a las burguesías europeas de su determinación de ser las dueñas y adjudicatarias de las ventajas sociales de una clase propietaria y hegemónica. Incluso después, cuando en los años sesentas y setentas, la producción militar de los Estados Unidos para abastecer la guerra de Vietnam, llevó a este país a inundar Europa de dólares y a comprar muchas de sus principales industrias, grandes políticos europeos, como De Gaulle, repatriaron el papel moneda hacia su país de origen, los Estados Unidos, y a cambio exigieron la entrega del oro físico que ese papel representaba.

Conscientes de que en la sociedad de nuestros días, el dólar norteamericano le imprime a la

economía mundial un condicionamiento intolerable, los europeos han decidido crear su propia moneda unificada, como una barrera intraspasable frente a las tormentas monetarias que amenazan al dólar. Los Estados europeos se refundaron y desarrollaron económicamente, porque sus burguesías asumieron la conducción de sus procesos económicos, sin ponerlos en manos de ninguna clase o fuerza social exógena.

## **5. LA GLOBALIZACIÓN NO ELIMINA EL PAPEL DEL EMPRESARIADO NACIONAL**

La internacionalización del capital bancario, las alianzas entre los megaconsorcios, las inversiones internacionales, la actividad de las grandes empresas multinacionales, como acontecimientos entrelazados en los procesos de globalización, no han logrado eliminar el carácter nacional de las clases propietarias de los países que forman el selecto grupo de los más ricos. El avance previsible de la Comunidad Europea hacia los Estados Unidos de Europa, exigirá la conversión de las burguesías locales en una sola burguesía europea, pero aun por razones extraeconómicas, ese proceso podría demorar decenios.

Pero todo esto ¿qué tiene que ver con nosotros, con nuestros países, con nuestras economías, con nuestro propio futuro como Estados nacionales? Todo este proceso histórico y social ¿tiene algo que ver con Costa Rica?

Ha sido exhaustivamente estudiado el proceso según el cual, el sistema capitalista del Tercer Mundo, emerge como resultado del proceso de expansión de los centros metropolitanos hacia el sur. En todos estos países, la creación de las plantaciones o de la industria extractiva, es precedida por la desintegración violenta de las estructuras económicas y políticas autóctonas.

El capitalismo de los países periféricos, no es el resultado de una gestación endógena, como en Europa occidental, sino que nace en medio de la invasión violenta de las potencias coloniales. Las oligarquías locales en América Latina y las clases industriales después, nunca fueron amos y señores de sus países, en todo el sentido de la palabra, sino clases poderosas pero subordinadas a los mercaderes e inversionistas foráneos; europeos primero y principalmente norteamericanos después. El capitalismo latinoamericano, según la feliz expresión del gran economista norteamericano, Paul Baran, había comenzado muy pronto a padecer los síntomas de la vejez, sin haber experimentado los vigos de la

juventud. Esta debilidad histórica de las burguesías nacionales de América Latina, acrecentada posteriormente en el proceso de globalización, podría tener, en nuestros días, consecuencias aun más negativas que en el pasado.

Con la caída del Muro de Berlín, el derrumbamiento de la Unión Soviética y la desaparición del campo socialista de Europa Oriental, la estructura de la política y la economía mundiales, sufren modificaciones radicales. En efecto, la desaparición de la Unión Soviética y del campo socialista de Europa del este, le producen al sistema capitalista desarrollado, condiciones muy favorables para el control de la economía mundial. Liberado de la contradicción principal con su oponente comunista, se le presentan posibilidades inéditas para el desarrollo de sus fuerzas productivas y la expansión de su dominación económica, política e ideológica.

En un mundo donde ya no existe la confrontación entre las grandes potencias, donde el capitalismo no se ve obligado a someterse a las exigencias de un equilibrio militar precario, donde la competencia política ya no es un factor decisivo en el balance mundial de fuerzas, en una sociedad mundial en que las justas demandas de los países menos desarrollados ya no tienen ninguna urgencia de ser satisfechas, en un mundo unipolar donde la potencia principal impone aun por la fuerza sus decisiones trascendentales, en un nuevo contexto donde todas las relaciones económicas internacionales se rigen por las normas impuestas por los países más desarrollados, en un mundo así, un nuevo aire le permite al capitalismo desarrollado llevar a niveles más altos la revolución científica y tecnológica, la producción de mercancías, la sociedad de consumo, la especulación financiera y el control y dominio económico, político y militar, sobre extensas áreas del planeta.

## **6. EL CAPITALISMO PLANETARIO EN ERA DE LA GLOBALIZACIÓN**

Vivimos bajo la hegemonía absoluta del sistema capitalista de los países más avanzados. Ellos han constituido grandes bloques geográficos de poder y han dividido al mundo en zonas de influencia comercial y política. El papel asignado a nuestros países es, básicamente, el de compradores, el de consumidores. Nuestra vieja función como abastecedores de materias primas, está ahora vinculada a la importancia de incrementar nuestras exportaciones, la que a su vez se orienta a la necesidad de producir divisas para pagar la deuda externa y acrecentar aun más las importaciones.

En esta dinámica, donde no hay lugar para el altruismo, las clases empresariales de América Latina y en particular de Costa Rica, se ven sometidas a una doble desventaja. Por un lado, la severa competencia internacional exige siempre niveles más altos de productividad, la que a su vez se ve entorpecida por las innumerables barreras no arancelarias y la ausencia de recursos financieros para mantenerse al día en la reconversión productiva. Por otro lado, las maquinarias del Estado, copadas por camarillas políticas desgastadas son, por lo general, mamotretos burocráticos, pesados, ineficientes e inservibles, que en vez de facilitar, entorpecen las tareas productivas.

A todo esto hay que agregar que, en nuestros países, la acumulación endógena de capital no ha sido un factor dinámico del desarrollo y día a día crece la dependencia de los préstamos internacionales y las inversiones foráneas. Los rentistas y capitalistas locales con altos beneficios, no reinvierten sus ganancias, sino que las atesoran, las emplean en consumo suntuario, las manejan con fines especulativos o las depositan en bancos del exterior. Las empresas públicas, que acumulan utilidades cuantiosas y que podrían ser reinvertidas en su modernización o en el fortalecimiento de la infraestructura empresarial, son esquilmadas por los sistemas hacendarios que le asignan a esos recursos, fines estrictamente monetarios. A ese juego se prestan los organismos financieros internacionales, quienes cumplen el papel de severos contralores, encargados de imponer la disciplina adecuada. Por otro lado, aparece un conjunto de instituciones que organizan las fuerzas del capital internacional y que han creado todo un sistema jurídico y económico supranacional, mucho más poderoso y eficaz que las Constituciones o los Parlamentos locales. Son el FMI, el Banco Mundial, el G7, la OMC, la OCDE, el AMI, el Consejo de Seguridad o la OTAN.

Es en marco de estas relaciones, cuando aparecen algunos nuevos socios en el pequeño y exclusivo club de los países de alto desarrollo, según la división establecida por el informe anual del Banco Mundial. Estos nuevos Estados capitalistas de alto desarrollo en la periferia, conocidos comúnmente como los "tigres asiáticos", entre los que figuran notablemente Taiwan y Corea del Sur, cumplen esa ley universal del capitalismo que hemos enunciado en sentido general y que nos dice que construir un Estado capitalista industrial y desarrollado es la tarea, en lo fundamental, de un empresariado o una burguesía local con capacidad para dirigir el proceso. Si esa clase hegemónica desaparece, o entrega sus prerrogativas y obligaciones nacionales a manos extrañas, desaparece el Estado nacional y aparece una

factoría, una zona franca, con fronteras geográficas pero sin identidad política y económica propia.

**7. ¿CUÁL ES LA CLASE EMPRESARIAL QUE DIRIGE EL PROCESO ECONÓMICO EN EL TERCER MUNDO? ¿CUÁL EN COSTA RICA?**

En las condiciones impuestas por la globalización, una clara opción dentro de esta perspectiva de lograr el desarrollo capitalista autóctono, no está del todo clara para un buen número de países, principalmente en América Latina. Porque ¿quién encabeza ese proceso? o ¿cuáles son sus premisas políticas?.

Estas preguntas no se responden o definen, naturalmente, en un corto período de tiempo. Se trata de un proceso más o menos lento que provoca una lucha social, política e ideológica, entre el bloque de fuerzas sociales internas que se resiste a la venta del país y las fuerzas locales y foráneas que puján por trasladar la propiedad de los bienes nacionales y nuestras prerrogativas políticas, a manos de las corporaciones del mundo desarrollado. Es una lucha compleja, donde los contendientes no están divididos por fronteras claramente definidas, sino que hay grupos sociales que pueden pasar coyunturalmente de un lado a otro de esa frontera y que son ganados por uno u otro bando solo en virtud de una batalla política persistente.

La debilidad histórica de la burguesía o la inexistencia de una clase empresarial sólidamente ubicada en el bloque de defensa de la Patria y del Estado nacional, dificulta enormemente la tarea. Porque resulta evidente que las clases sociales históricamente subordinadas como los obreros, los campesinos, los asalariados en sentido general, los pequeños y medianos empresarios del campo y la ciudad, los técnicos, profesionales o intelectuales, no tienen la fuerza social y económica suficiente para construir, solos, un poder alternativo.

Hablamos de poder alternativo no solo en sentido político, sino en sentido económico. Pues el reto que se nos impone es el de crear la capacidad necesaria para construir, en esta época de la globalización, un Estado nacional capitalista y desarrollado, y no una factoría. La condición política es que, además del desarrollo capitalista, se preserve el Estado nacional, se fortalezca la participación del pueblo y se construya un poder político donde el balance interno favorezca a las fuerzas interesadas en preservar la independencia nacional.

De lo anterior, se deriva una pregunta cardinal para Costa Rica ¿Si de lo que se trata es de construir un Estado, capitalista y desarrollado en lo económico y democráticamente avanzado y patriótico en lo político, cuál es el segmento del empresariado nacional que se echará sobre los hombros, la conducción del desarrollo económico del país?

En teoría está muy claro cuáles son las fuerzas sociales capaces de construir una democracia avanzada, un Estado democrático y participativo, pero juzgamos que en la práctica aun no está claro cuál es, dentro de ese abanico de clases, el segmento empresarial y patriótico que debe asumir la tarea de representar al empresariado nacional, como fuerza motriz del crecimiento económico, como defensor de los valores históricos que han modelado a Costa Rica y como agrupación consciente de su deber de preservar la independencia y la soberanía nacional.

Sin embargo, hay elementos históricos y políticos que nos proporcionan algunos indicios claves, algunos de gran actualidad, y que nos conducen a pensar que es principalmente en seno del empresariado agropecuario, donde se alberga un contingente capaz de encabezar esa tarea histórica. Decimos "principalmente", porque no se pueden descartar a priori otros grupos empresariales. Pero por ahora es necesario mantener la hipótesis, de que por su naturaleza y características sociales y económicas, alojan un número mayor de personas que otros grupos empresariales, interesadas en la conservación del Estado nacional.

En primer lugar, durante los primeros decenios de nuestro desarrollo social, Costa Rica se mantuvo en un evidente aislamiento del resto del mundo, lo que condujo a la vida política interna, a mantener un grado relativo de independencia frente a las potencias desarrolladas de Europa o los Estados Unidos. No ocurre lo mismo en el campo de las relaciones internacionales. Porque cuando se intensifica, a mediados del siglo pasado, el interés de buscar una vía más rápida entre el Este y el Oeste norteamericanos, nuestra condición ístmica nos convierte en una pieza codiciada de los intereses norteamericanos e ingleses, con las consecuencias conocidas.

Al comienzo, cuando llega el anuncio de la Independencia de España los pueblos, constituidos por núcleos de campesinos en su mayoría pobres, se reunieron y decidieron aprobar un primer texto constitucional que reveló claramente, sus intenciones civilistas. Desde sus inicios, nuestro régimen político aparece como resultado de acuerdos de clases, en los

que la naciente oligarquía agropecuaria juega un papel central. A diferencia del resto de Centroamérica, donde las oligarquías recurren casi invariablemente, al empleo de la fuerza, la nuestra impone casi siempre sus políticas por medio de la búsqueda de consensos. Las clases propietarias de Costa Rica, organizan el Estado con fundamento en leyes e instituciones, que garantizan el respeto por la existencia y la participación social de pequeños y medianos agricultores, junto a un régimen político con énfasis en la civilidad. En la formación de las primeras instituciones estatales, juegan un papel descollante los maestros y los juristas y en la consolidación de las estructuras republicanas, militares y abogados de formación liberal. La influencia de la penetración del capital extranjero en Costa Rica (Minor Keith, United Fruit Company, Bond and Share y otros) no le arrebató a la oligarquía agropecuaria, su control sobre la vida política interna y el aparato del Estado. Es significativo el hecho de que el Partido Comunista, encabezado por un patriota enaltecido como fue Manuel Mora emerge, a comienzos de los años 30, nace principalmente de la lucha contra el trust bananero y no de conflictos estrictamente locales.

Existen testimonios históricos de que distintos gobiernos opusieron resistencia a estas compañías y lograron mantener la primacía de estilos de gobierno fundados en una visión nacional. Las Garantías Sociales, la CCSS y el Código de Trabajo, hacen de Costa Rica un Estado Social de Derecho. Es solo después de la II Guerra Mundial y particularmente después de la Guerra Civil de 1948, que la política interna queda articulada a las exigencias de la Guerra Fría. La modernización de la economía y la llamada industrialización, pasan a ser el centro de las discusiones entre los nuevos conceptos geopolíticos que aparecen en el escenario mundial: la diada del desarrollo y el subdesarrollo.

En ese momento cobra sentido discutir cuál clase social será la encargada de impulsar el desarrollo nacional y cómo lograrlo. Figueres Ferrer, poco sometido a dogmas o catecismos, impulsa la creación de un Estado moderno, dotado de instituciones fuertes y estratégicas para el desarrollo y la producción nacional. Se nacionaliza la banca, se crea el ICE y la Universidad, creada por Calderón Guardia, es convertida por Rodrigo Facio en una institución moderna y de un alto nivel en las ciencias y las técnicas y capaz de nutrir las exigencias de la producción.

Sin estas instituciones, el nacimiento de una clase empresarial industrial y agroindustrial, sería impensable. Por más que se trate de ocultar, es

precisamente gracias al Estado y a su intervención en la economía del país, que se crean las condiciones para el inicio de actividades industriales de mediana escala y para el impulso de las inversiones. La llamada política de exoneraciones fiscales que acompañó al modelo de "sustitución de importaciones", constituyó un portentoso subsidio a la acumulación de capital privado.

Solo como un recordatorio de una vieja discusión sobre el desarrollo económico, digamos que la visión crítica desde izquierda, aportó valiosos elementos a ella. Destacados intelectuales de todo el continente, reflexionaron en profundidad sobre el problema. Pero las versiones más politizadas se encontraron siempre en un callejón sin salida. La convicción general era que no existía una burguesía nacional capaz de enfrentar las tareas del desarrollo desde una perspectiva propia, como clase rectora. Por esa misma razón, era previsible que aumentaría día con día la subordinación de nuestros países a los designios del capital internacional, principalmente norteamericano. Pero en el seno de izquierda nunca se saldó con seriedad la discusión sobre cómo resolver esa contradicción, porque todo se reducía a la consigna de que los movimientos revolucionarios debían tomar el poder y con él, cumplir la tarea de desarrollar el país, pues la burguesía nacional, sometida y subordinada, no podía cumplirla.

La Caída del Muro de Berlín fue la respuesta de la vida concreta a todas las especulaciones. La izquierda se quedó sin los argumentos nacidos de las consignas, porque aquel futuro absolutamente previsible, como en una historia relativista de política ficción, desapareció por completo. Solo el proceso revolucionario cubano, en medio de insospechadas dificultades, mantiene viva la propuesta del socialismo en un solo país, como vía del desarrollo y el bienestar social.

Hoy, en los días finales del milenio, nos encontramos frente a nuevas alternativas. Pero debemos elaborar nuevas preguntas que, aunque parezcan viejas, son enteramente nuevas: ¿Es posible el desarrollo económico y social del Tercer Mundo? Y ese desarrollo, de ser posible ¿implica la desaparición de los Estados nacionales? Y si no desaparece ¿cuáles son las clases sociales encargadas de llevarlo a cabo y

que papel político tendrían asignadas? ¿cuáles serían los grados de asociación con el capital internacional y en que condiciones, para hacerla compatible con la soberanía y la independencia nacionales? ¿Funcionaría ese Estado con democracia y participación ciudadana? No son, según pensamos, preguntas retóricas. Un

Estado nacional no es un color en el mapamundi o una bandera; ni siquiera una Asamblea Legislativa, o un Presidente, o un representante en la Naciones Unidas.

## 8. ¿ES POSIBLE PRESERVAR EL ESTADO NACIONAL Y PROMOVER EL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL?

Si en un territorio confluyen poderosos inversionistas o propietarios, dueños de ese territorio, pero contratan braceros para hacer el trabajo de sus fábricas, servicios o fincas, allí existirá una factoría, pero no un Estado nacional. Si en un territorio existe un ejército laboral de trabajadores manuales e intelectuales, pero los dueños del territorio, con las fincas, las fábricas o los servicios, son inversionistas o empresas foráneas, allí tampoco habrá un Estado nacional. En ambos casos, cualquier estructura jurídica formal, de ese Estado, resultaría irrelevante. En las condiciones actuales, la segunda opción es la que la globalización le tiene reservada a la mayor parte de nuestros países.

Un Estado nacional es un conglomerado humano poseedor de una historia y de valores comunes, poseedor de un territorio reconocido como propio y donde sus distintas clases sociales y bajo distintas formas de Estado, se encargan de la gestión productiva y política. Pero además, en ese territorio ellas tienen la posibilidad de actuar o discutir, aun con el lenguaje de las armas, sobre su común destino. Podríamos decir que un Estado nacional es aquel sobre el que ningún otro puede decidir lo que más le conviene a su destino; aquel que no le traslada a nadie y menos a otro Estado, sus atribuciones de imperio.

Pero hay abundancia de hechos concretos en Costa Rica y otros países del continente, que demuestran este traslado de la propiedad nacional, de la apropiación de la riqueza y los medios de producción y de las atribuciones del dominio, a favor de propietarios y empresas transnacionales. Podemos enumerar los más notorios:

- los procesos de privatización de activos del Estado,
- el control de la industria extractiva, los transportes y la infraestructura,
- la adquisición de las industrias más avanzadas, modernas y competitivas,
- el desplazamiento paulatino del empresariado nacional a procesos productivos de segundo orden o a la condición de socios menores,

- la compra de tierras en gran escala y sobre todo la de aquellas que dan origen a las actividades agropecuarias de exportación,
- el paulatino control de las actividades del comercio exterior,
- el control mayoritario de la industria turística junto a la compra paulatina de las playas y las tierras que concentran las mayores bellezas naturales,
- las nuevas regulaciones internacionales sobre la propiedad intelectual que facilitan la apropiación de las sustancias activas derivadas de una abundante biodiversidad.

Todos estos hechos son muestras evidentes de la disolución paulatina del Estado nacional.

Se confirma así la preocupación fundamental de nuestro enunciado original ¿Cuál es la clase empresarial nacional que por sus condiciones subjetivas: amor a la Patria, capacidad de alianzas, audacia, conocimientos, inteligencia, determinación, iniciativa y por sus condiciones objetivas, medios materiales, capacidad de inversión y apoyo del Estado, puede tomar en sus manos la edificación de una economía capitalista desarrollada y al mismo tiempo contribuir a preservar el Estado nacional?

## 9. LA URGENCIA HISTÓRICA DE UNA CLASE EMPRESARIAL NACIONAL PATRIÓTICA

Solo una clase empresarial nacional patriótica puede asumir esa tarea. Se trata de una tarea de enormes implicaciones económicas, políticas y sociales. Por esa misma razón, es una tarea que no puede cumplir ella sola. En primer lugar, la clase empresarial nacional está en una situación de gran debilidad relativa frente a las fuerzas transnacionales, en un grado mucho mayor que antes. Si antes de la globalización, durante el período de expansión del colonialismo y el imperialismo clásicos, era tremendamente débil frente a esas fuerzas, hoy lo es mucho más. Hoy se encuentra sujeta a los determinantes de un mundo globalizado y a la agenda corporativa del NAFTA o el ALCA, que imponen los países que controlan el comercio mundial.

Por eso en vez de prestarse al juego de las fuerzas transnacionales externas y a las corrientes neoliberales del interior, que procuran el debilitamiento del Estado para actuar a su antojo en el país, el empresariado nacional patriótico debe procurar, exigir y fomentar la realización un pacto social tripartito de largo aliento, con el Estado y los trabajadores manuales e intelectuales, quienes solo



una Patria tienen y no pueden abandonarla. Por decirlo de alguna manera, esas tres fuerzas, el empresariado nacional, las fuerzas laborales manuales e intelectuales y el Estado Nacional, navegamos juntos en esta pequeña embarcación que se llama Costa Rica. O juntos arribamos a buen puerto o juntos nos hundimos.

Ese pacto con el Estado es indispensable por la importancia de contar, con fines productivos, de una afinada maquinaria política enteramente consciente de su doble misión de garantizar la justicia distributiva y apoyar el desarrollo económico. Además, porque las empresas estratégicas del Estado, como la energía, los seguros, las telecomunicaciones y la banca, son vitales para su expansión económica como clase capitalista. Esta es también una poderosa razón para que ellas no salgan del dominio del Estado y para que los empresarios patriotas las defiendan.

Juntas, esas tres fuerzas tienen una misión política histórica inmediata e impostergable: resistir la tormenta de la globalización, vencer la ofensiva neoliberal, iniciar la construcción de un país capitalista desarrollado, defender y ampliar las conquistas sociales y políticas históricas de la democracia costarricense y preservar el Estado nacional.

Pero no basta decirlo. Una parte importante del empresariado nacional parece cada vez más

comprometido y subordinado a grupos transnacionales y no existe por ahora, ningún sector políticamente articulado para cumplir las tareas nacionales y patrióticas que el momento demanda. Algunas personalidades empresariales suponen, desgraciadamente, que hay una contradicción insalvable entre la determinación de defender la Patria y el desarrollo de sus actividades económicas. Otras, a pesar de que han asumido valerosamente la defensa de su sector, como es el caso de los dirigentes agropecuarios, incluyendo a UPA Nacional y la Mesa Campesina, reducen su actividad a un combate puramente económico, en momentos en que la soberanía alimentaria y el papel de los agricultores, exigen un lugar preeminente en la política del país.

Los partidos tradicionales, Liberación y la Unidad, no han realizado ni una remota aproximación a este problema y los políticos empresarios de ambos partidos, lo ven desde una perspectiva conservadora y utilitaria. Por eso este material constituye una propuesta para comenzar a discutir sobre el papel histórico de una clase empresarial nacional patriótica y su organización, las premisas del desarrollo económico nacional, la naturaleza de un pacto social de largo alcance y las condiciones políticas y sociales de una democracia avanzada.